

JEFFERSON, Y LA LOS IMPUESTOS COMPETITIVIDAD

POR: Julio José Prado
Director de Investigación IDE
jprado@ide.edu.ec

Jefferson Perez, es probablemente el mejor deportista ecuatoriano de todos los tiempos. Ha demostrado tener condiciones excepcionales no solo en el lado deportivo, sino también en lo humano. Gracias a su destacada participación en varias competencias mundiales ha logrado aumentar su nivel de ingresos lo cual -seguramente- le permite vivir con mayor holgura que antes. El caso de Jefferson no es el único. Están también, por ejemplo, los futbolistas de la selección ecuatoriana, quienes han logrado clasificar dos veces consecutivas al mundial, y con ello han recibido importantes gratificaciones económicas. Y la lista podría seguir con otros ejemplos...

Uno puede preguntarse (seguramente Ud y Yo lo hemos hecho): ¿Está bien que los deportistas ganen tanto dinero en un país -pobre- como el Ecuador? Sin duda, este es un asunto que se puede discutir desde varios puntos de vista, pero concentrémonos en lo económico.

Al igual que cualquier otro bien o servicio que se intercambie en el mercado, los servicios que prestan los deportistas están sujetos a la oferta y la demanda. Es correcto decir, por ejemplo que los deportistas con talento son, en sí mismo, un "bien" escaso. Si esto no fuera así, estaríamos cubiertos de medallas de oro, y hubiéramos sido campeones del mundo hace rato. Entonces, como todo bien escaso, un deportista como Jefferson Perez, será más cotizado, su "valor" en el mercado sube, y por tanto puede esperar recibir mayores ingresos. Pero todavía no logramos responder a nuestra pregunta: ¿Está bien que Jefferson gane "tanto" dinero?

Según el razonamiento anterior la respuesta es Sí, su excepcional talento, hace que las personas quieran seguir paso a paso sus carreras, esto genera un gran movimiento de dinero alrededor de él: camisetas, publicidades, derechos televisivos, etc. OK, está claro que Jefferson merece ese dinero porque es fruto de su esfuerzo, y porque los ecuatorianos estamos dispuestos a comprarle lo que vende: triunfo, optimismo e incluso reconocimiento internacional del Ecuador (marca país).

Pero profundicemos la pregunta. ¿Es "justo" que gane "tanto"? Ese es un cuestionamiento relevante, porque muchos podemos estar tentados a pensar que la alegría que nos brinda Jefferson con cada triunfo no es suficiente recompensa y que por lo tanto debería entregar parte de sus ganancias a la sociedad. (Dejemos por un momento de lado el hecho de que Jefferson, al igual que muchos otros deportistas que han logrado dejar atrás un pasado de pobreza, hacen importantes donaciones en efectivo para la comunidad, pues ese punto no es relevante para el análisis que estamos proponiendo aquí). Eso sería socialmente justo y sería una redistribución adecuada de la riqueza. ¿No es así?

En lo más mínimo. Si bien todos ansiamos un país donde haya una mayor equidad, esa no es la solución. Sigamos con el tema de Jefferson. Supongamos que para volver más "justa" a esta situación, el Gobierno o el Comité Olímpico o quién sea, decide cobrar un impuesto adicional por cada carrera en la que Jefferson triunfe, es decir llegue primero. Eso permitiría descontar algo del dinero que va al bolsillo del deportista, y la situación sería más jus-





Al igual que cualquier otro bien o servicio que se intercambie en el mercado, los servicios que prestan los deportistas están sujetos a la oferta y la demanda. Es correcto decir, por ejemplo que los deportistas con talento son, en sí mismo, un "bien" escaso.

ta. ¿Justa? ¿Para quién? Ciertamente no para Jefferson, quién tendría ahora que hacer el mismo esfuerzo que antes, pero para recibir una menor retribución por ese esfuerzo. Y en un caso extremo, este impuesto puede resultar tan desalentador para Jefferson que posiblemente su rendimiento se vería afectado, llevando a que no esté motivado a ganar carreras, lo que claramente sería una mala situación para todos: El Gobierno no recauda su impuesto, los fanáticos no se regocijan con el triunfo y Jefferson baja su nivel competitivo.

Seguro, usted estará pensado que Jefferson no compite ni trata de ganar carreras por el dinero. Ciertamente eso es así, y de hecho es posible que las motivaciones económicas de Jeff sean menos importantes que las motivaciones de trascender, de dejar huella, o de simplemente ser el mejor marchista del mundo. Pero a la larga con el impuesto imaginario que se le cobra por cada carrera ganada, nuestro deportista no tendría el mismo nivel de ingreso que antes y estaría en clara desventaja con deportistas de otros países, a quienes no se les cobra ese impuesto y por tanto pueden destinar más cantidad de dinero a su preparación física, a su entrenamiento, o a cualquier cosa que consideren necesaria. Incluso quitando la motivación económica de la ecuación, se puede ver por qué este impuesto que parecía tan lógico al inicio, puede resultar contraproducente.

Hemos hablado de un caso imaginario, de impuestos y de deportes, ¿Le parece que esto tiene poco que ver con la economía? Veamos.

Impuesto a los colegios privados.

Pensemos en esta propuesta: los colegios privados deberán pagar un impuesto cuando sus pensiones sean superiores a los 3000 dólares anuales. Esa fue una propuesta que surgió hace algunos meses, que se desechó al poco tiempo, pero que cobra fuerza nuevamente. Las motivaciones para una propuesta como esa o similar serían, según el propio Gobierno:

- A.** Incentivar el uso del sistema educativo público.
- B.** Gravar con impuestos a aquellos colegios que ven a la educación como una actividad lucrativa.
- C.** Mejorar la equidad del País.

Analicemos todo esto, utilizando como referencia al ejemplo que dimos en la sección anterior.

A. Incentivos:

Jefferson es un excelente marchista, pero a algunas personas les parece que sería interesante que pudiese también desempeñarse como corredor de 100 metros planos, es una disciplina que tiene mucha más cobertura de la prensa a nivel mundial (imagine lo atractivo que sería el tener a un ecuatoriano como el "hombre más rápido del mundo"). Escuchando el clamor popular, y buscando lo mejor para la Patria, el Gobierno decide que a partir de ahora, Jefferson no recibirá un solo dólar si se dedica a la marcha, pero cuantiosos premios si se dedica a los 100 metros planos. ¿El resultado? Perdemos un excelente marchista y ganamos un corredor de mediano nivel.

Incentivar a la educación pública a costa de la educación privada no es la solu-

ción. Estamos afectando a una actividad perfectamente competitiva, que está contribuyendo en muy buena forma al desarrollo del país. El efecto de un mayor impuesto sobre la educación no afectará a quienes más dinero tienen, pues ellos lograrán acomodarse para pagar ese adicional porque "pueden" hacerlo. Afectará a los padres de familia de ingresos medios, que ya no tendrán la opción de optar por educación privada.

La forma de incentivar el uso de la educación pública es mejorar el nivel de los profesores, construyendo más y mejores escuelas, reformando las mallas curriculares, y despolitizando su manejo. Así las personas, verán un cambio en la calidad de la educación pública y optarán libremente por poner a sus hijos en instituciones fiscales, no porque la educación privada se haya vuelto más cara sino porque la educación pública se volvió más competitiva.

Claro en Estados Unidos y en Europa existen impuestos para la educación privada, pero hay marcadas diferencias entre esos colegios públicos y los de Ecuador. Si queremos tener a Europa como modelo para poner un impuesto a los colegios, sería bueno que ese modelo se extienda más: a la economía, al manejo político, a la cultura, a la inversión, al nivel de corrupción, al nivel de competitividad, al nivel de educación, etc... Siempre insistiremos en que hay que tener cuidado con esas comparaciones, pues algo similar se hace constantemente con los salarios mínimos, cuando se compara, por ejemplo, a Chile y Ecuador. Chile acaba de subir el mínimo a cerca de 320 dólares, que es un nivel similar al que se quiere llegar en Ecuador

en los próximos meses. Hay varias voces que comparan los dos casos para tratar de demostrar que nuestro no sería tan algo, "si en Chile lo hacen ¿por qué no en Ecuador?". La respuesta es sencilla y contundente, para tener salarios como en Chile, debemos tener empresas como las chilenas, y una economía como la chilena.

B. Actividad lucrativa

Volvemos a la pregunta con la que comenzamos este análisis, ya no para Jefferson sino para los colegios ¿Es justo que los colegios sean manejados como un negocio? Si todos los colegios fueran privados, indudablemente estaríamos en un gran problema social, porque al regir un sistema de oferta y demanda, todos aquellos que no puedan pagar el costo de la matrícula quedarán relegados del mercado, lo que en este caso significa quedarse sin educación. Muy grave e inaceptable desde cualquier punto de vista. Por eso, deben existir colegios públicos, que ofrezcan educación de igual calidad a la de los colegios privados pero a una fracción de su costo (incluso sin recuperar la inversión financiera, porque ahí lo que importa es la inversión social).

Hay colegios en el Ecuador que cobran una pensión de más de 1000 dólares al mes. ¿Injusto? Mirémoslo de otra forma. Un niño paga al mes 30 dólares en un colegio fiscal, pero recibe la misma calidad de educación, con las mismas oportunidades que un niño del colegio privado.

Si esa fuera la realidad, la persona que paga 1000 dólares, debe estar actuando en forma irracional, y sin duda, un colegio que cobre esa suma de dinero no lograría atraer niños a sus aulas porque todos estarían en el colegio que cobra 30 dólares. ¿Entonces cuál es el verdadero problema? ¿Lo que cobra el colegio, o el valor agregado que otorga a cambio de la pensión? Nuevamente el tema de la calidad de la educación ronda nuestra mente.

Existen colegios caros porque hay gente dispuesta a pagar por ellos. Punto. Nada ganamos como sociedad limitando el negocio de los colegios privados. El propio mercado (los padres de familia) se encargan de castigar a los malos colegios, quienes no podrían mantener pensiones tan altas a menos que estén haciendo algo bien, o que no haya las alternativas suficientes que generen una sana competencia (como en el caso de un monopolio pero no existe en el sector de la educación).

Hay una visión empresarial detrás de los colegios privados, y eso no es malo. Se está aprovechando una oportunidad de mercado, que lastimosamente en este caso emerge porque hay una deficiencia en los servicios de educación pública. Si la educación pública mejora, algunos privados no tendrán espacio en el mercado, y tendrán dos opciones: o ofrecen algo diferente (cambian) o cierran sus puertas. Es la competencia entre públicos y privados la ejerce las presiones hacia el cambio que hacen

una educación de excelencia. Repetimos, nada ganamos como sociedad limitando el negocio de los colegios privados.

C. Mejorar Equidad

Volvamos a nuestro ejemplo. Qué implicaría tener una mayor equidad en una competencia deportiva. Posiblemente, lo que haríamos es pedir que Jefferson vaya más despacio para que los marchistas más lentos puedan alcanzarlo, y que todos lleguen a la meta tomados de la mano y felices. Sí, eso sería lo más equitativo. Pero no es lo más eficiente. Por que en ese caso, el promedio general al que corren todos ha bajado y ciertamente, Jefferson ha sido menos productivo porque ha corrido muy por debajo de su nivel (si a esto agregamos el hecho de que se ha perdido el incentivo personal de ganar la competencia y ser el "mejor", vemos por qué una propuesta como esta es tan mala opción).

En el caso de los colegios hay dos opciones: hacer que todos "salten hacia arriba" o que todos "salten hacia abajo". En la segunda opción se logra una mayor equidad pero los colegios se vuelven menos eficientes. En la primera opción, los colegios privados se quedan donde están, pero los públicos elevan su nivel; puede ser que todavía haya algo de inequidad, pero la ganancia para la sociedad al tener una mejor educación es mucho más alta.

Bueno y entonces si éstas no son opciones eficientes ¿Qué podemos hacer?

Mover la partida, no la meta.

¿Qué tal si en lugar de aspirar a metas más bajas, al reducir el tamaño de la pista o al hacer que todos los corredores lleguen al mismo tiempo, les damos un empujón a quienes están más atrás, pero dejamos que el que siga marcando la pauta de carrera sea el corredor más rápido? Eso reduce la inequidad, pero mantiene la competitividad. ¿Es posible?

En la vida real, en el caso específico de los colegios, dar un "empujón" a los de abajo, equivaldría a dar mejores oportunidades a quienes tienen que (o quieren) optar por la educación pública. Ahí por ejemplo, se puede dar un subsidio directo para que los padres de familia elijan en qué institución les conviene educar a sus hijos. Ese subsidio sería diferente a una educación totalmente gratuita pues implica que los padres se involucren en la toma de decisión e incluso

pongan una contraparte económica (cuando sea posible). Esa es una opción, posiblemente a usted estimado lector, se le ocurren muchas más en este preciso momento...

Pero, finalmente volvemos a lo mismo. La forma más adecuada de reducir las injusticias y equiparar las oportunidades de los ecuatorianos es mejorar la calidad de la educación pública, y eso no se logra desmejorando la privada.

Ahora que hemos explotado a fondo el caso de los colegios privados y el ejemplo de Jefferson Perez, amplíemos la cancha. Piense en la relación entre empresas privadas y públicas, entre Petroecuador y las multinacionales, entre las universidades estatales y las privadas, entre los hospitales del IESS y los otros. Piense en las farmacéu-

ticas, las cementeras, los medios de comunicación, o en cualquier otro negocio en el que haya este debate entre el bien común y la actividad privada. Ahora aplique el mismo razonamiento que hemos tratado de seguir en el presente análisis, y posiblemente llegará a la misma conclusión: la competencia es la mejor opción. Cada actor, sea público o privado tiene un papel que jugar, y el éxito del uno depende del éxito del otro. La economía no es un juego de suma cero, en el que gana uno y pierde el otro, y para que triunfe el Gobierno debe destruir a la empresa privada, ni viceversa.

La gran conclusión del presente análisis es que el punto de partida es más importante que la meta. No se trata de bajar a los de arriba, sino subir a los que están abajo. ¿No es eso más eficiente y justo a la vez?